

Buscando en el origen

Pensando en tantas circunstancias que nos separan, políticas, económicas y sociales, se me ocurrió que podemos llegar a unirnos si tenemos en cuenta que poseemos desde el comienzo de nuestra vida los mismos rasgos esenciales, dignidad, vulnerabilidad, integridad y autonomía. Con ese bagaje nacemos todos y, de esa manera, poseemos la misma oportunidad de desarrollarnos como personas, independientemente de nuestras características sociales, étnicas y culturales.

Las circunstancias que ponen en riesgo los mencionados rasgos ontológicos abarcan un amplio espectro, algunos fortuitos como enfermedades, accidentes o catástrofes y otros que son producto de actos humanos que promueven el avasallamiento de todos o algunos de ellos. Como médicos estamos vinculados con el cuidado de la persona en su totalidad, hemos jurado defender la vida en todas sus instancias desde el inicio en la concepción hasta su fin natural. Lo que marca la proporcionalidad del cuidado a otorgar, sin dejar de tener en cuenta los demás rasgos, es la vulnerabilidad. Y son los extremos de la vida los que mayor vulnerabilidad poseen, en el comienzo porque no hay ser en la naturaleza que tenga la fragilidad del ser humano y en el final de su existencia, la incertidumbre sobre su trascendencia, le impone al hombre cierta sensación de desasosiego y soledad.

La defensa de cada uno de estos elementos constitutivos del ser persona, debe ser simultánea y no para algunos en detrimento de los demás. Es lo que se observa cuando se le otorga a la autonomía un rango por encima del resto, como si ésta fuera la única capaz de sostener la libertad del individuo. La libertad que así entendida resulta en un reduccionismo que no ve a la persona como una totalidad sino como la sumatoria de partes independientes. Al ver a la libertad desde un solo aspecto, se evita la responsabilidad que conlleva todo acto voluntario y libre.

Hay cierta renuencia a hacernos responsables de nuestras acciones, la libertad sin límites permite escudarse en la sociedad y en el consenso para, de esa manera, no tener que responder por las consecuencias de lo que elegimos hacer. Sin embargo, en cada uno de nosotros existe un elemento mediante el cual sabemos si estamos actuando bien o mal y es la conciencia, que desde el interior nos pide hacer el bien y evitar el mal. Como médicos estamos obligados siempre a buscar el bien del paciente y cuando, a pesar de nuestro esfuerzo, no lo conseguimos, sentimos que nuestra conciencia nos cuestiona. Es individual, es de cada médico no hay una conciencia de la medicina como ciencia, como tampoco hay una

conciencia de la sociedad y es en ese lugar de su interior donde el hombre no puede huir de sí mismo.

La sociedad contemporánea se ha creado artilugios para dejar de lado la libertad con responsabilidad, uno de ellos es la perspectiva de la tercera persona que otorga la posibilidad de juzgar los actos humanos desde fuera y darles una interpretación moral. No parece promisorio desde lo social pues convierte toda disputa en un juicio de valor hacia quien piensa diferente y promueve la elección de atajos para evitar el crecimiento con la madurez del tiempo, promoviendo la cultura del ya y ahora. Así parece suceder con la “interrupción legal del embarazo” aforismo elegante para quitarle peso al aborto.

Lejos de asustarnos, debemos reflexionar en cómo hacemos para cuidar ambas vidas desde su vulnerabilidad, respetando su dignidad, integridad y autonomía.

Todos poseemos valores que aquilatan nuestra existencia y a partir de ellos deberíamos construir, partiendo desde nosotros mismos, pues la mejora del ser individual desemboca a la larga en la mejora de la sociedad en su conjunto.

Dr. Julio C. Marini
Médico Anestesiólogo
Doctor en Medicina. UBA
Tesisista de la Cátedra de
Ética Biomédica. UCA